

y mas á propósito para desacreditar sus armas que para darlas valor con su número. Entonces salió de los montes de Modin y se presentó en los valles con un ejército poco numeroso, pero muy valiente.

Súplicas del ejército al señor antes de principiar la guerra.

Antes de principiar los combates preparó á sus tropas no tanto con armas, cuanto con súplicas al Señor para qué les amparase y protegiese en las peleas y les concediese las victorias. Era sin duda un espectáculo de admiracion y placer á los ángeles, ver un ejército con general al frente, postrado en medio del campo, pidiendo al Señor : que mirase á su pueblo, que era hollado de todos : que se apiadase de su templo, que era manchado por los impíos : que se compadeciese de Jerusalem, que iba á ser arrasada : que oyese la voz de tanta sangre que estaba clamando á su Majestad : que se acordase de las muertes injustas de los inocentes párvulos y de las blasfemias proferidas contra su santo Nombre; y que se indignase por estas maldades.

Principia Judas la guerra.

Despues de estas peticiones, se levantaron llenos de confianza, de que el Señor les habria oido benigno; principió el Macabeo la guerra, y luego se conoció que el enojo que el Señor tenia contra su pueblo se habia cambiado en misericordia, en proteccion y en socorro, porque nada se resistia á sus armas. Se echaba sobre las ciudades de sus enemigos, las tomaba y entregaba á las llamas. Cercaba los castillos y plazas fuertes, y luego los rendia, quemaba y demolia; y ocupando lugares ventajosos hacia grandes estragos en los enemigos,

particularmente de noche, con sorpresas continuas, y tan atrevidas que la fama de su valor se extendió por todas partes.

Primera batalla de Judas contra Apolonio y primera victoria.

Causará admiracion que los generales de Antíoco, que mandaban en la Siria y particularmente en la Judea, que era el campo principal de las correrías de Judas, y que lo habia sido de su padre Matalías, no saliesen luego al encuentro de estos dos valientes que llevaban la guerra por todas partes; pero al ver su intrepidez y su valor, temieron y no quisieron exponerse hasta no juntar un ejército numeroso para dar el golpe seguro, y acabar de una vez con esta familia atrevida. Apolonio, aquel feroz general que fué á Jerusalem encargado de exterminar todos los hombres y que ejecutó aquella horrible carnicería, que se hizo por primera vez en el dia de sábado, como ya hemos dicho, fué tambien ahora encargado de exterminar los Macabeos. Acaso se prometeria renovarla en semejante dia, pero se desengañó luego de que los Judíos se defendian ya en todos los dias. Reunió Apolonio un cuerpo numeroso de gentiles y otro de Samaritanos y guarniciones que habia en Samaria aun mas numeroso; pero mientras que Apolonio *andaba* reuniendo sus tropas, Judas *corria* y daba los golpes que hemos dicho arriba. En fin, Apolonio completó su grande ejército compuesto de dos cuerpos, y luego se dirigió contra un puñado de tropas que Judas tenia á sus órdenes. Este lo supo y no esperó que su enemigo fuese á buscarle. Le salió con presteza al encuentro, y cuando Apolonio pensaba en acometer ya se halló acometido. Entonces conoció Apolonio que ya no las habia con aquellos Judíos que sin resistencia se dejaban degollar en el templo de Jerusalem y en el monte Modin, y que

era preciso pelear con buen orden; pero Judas, derribando á grandes cuchilladas cuantos se oponen á su paso, se abrió un camino de sangre hasta llegar á Apolonio, y este feroz enemigo y degollador de su pueblo cae muerto á sus piés al primer golpe de su terrible espada. Seguian á su arrojado general los primeros de sus valientes, y cuando vieron en tierra á Apolonio cargaron al centro del ejército, que acuchillado al mismo tiempo por las demás tropas de Judas, luego se desordenó y huyeron los que pudieron, quedando el campo cubierto de muertos. La tropa victoriosa tomó un rico botín, y en cuanto al general, solo se reservó la espada de Apolonio, de la cual se sirvió en adelante en todos los combates para conservar la memoria, no tanto de la victoria, cuanto del valor que le habia infundido el Señor, á quien todos confesaron autor del triunfo y rindieron las mas entrañables gracias. Esta batalla fué la primera que dió Judas en campo abierto con tropas en regla, y contra un ejército; y la primera de las grandes victorias que preparaba el Señor al general de Israel y sus valientes tropas.

Segunda batalla contra Seron y segunda victoria de Judas.

Después de la muerte de Apolonio y derrota de su ejército, Seron, general de la Siria, y otro de los principales de Antiocho, irritado contra Judas trató de vengar la muerte de Apolonio y el destrozo de sus tropas. Supo que Judas no tenia mas ejército que una reunion de fieles Israelitas, que por valientes que fuesen, no pasaban de ser un corto número de soldados noveles sin orden y sin disciplina militar. Miró la derrota de Apolonio como uno de aquellos revéses de la guerra que ocasiona una casualidad, y que se verifican de tarde en tarde, y apenas nunca seguidos. Contó con el triunfo, y creyó que se le

presentaba una buena ocasion de hacer famoso su nombre, derrotando y reduciendo á la nada unas tropas, que habian vencido á un general de los mas acreditados del rey. Me ganaré reputacion, dijo para sí mismo, y me haré glorioso en el reino, desbaratando á Judas y á los que estan con él, y que han despreciado los decretos del rey. Luego se preparó y salió contra Judas, y fueron con él un número considerable de apóstatas, que habian huido á la Siria desde que Matatías habia comenzado á perseguirles de muerte y su hijo habia continuado sin darles cuartel, para tomar venganza contra los hijos de Israel, esto es, contra Judas y sus fieles Israelitas.

Llegó Seron con su ejército de Sirios y Judíos apóstatas hasta Betoron, y Judas le salió al encuentro pero con poca gente porque la tenia derramada. Cuando se vió este número de soldados tan reducido con un ejército tan numeroso al frente y en términos de atacarlos, dijeron á Judas: ¿Cómo podremos, siendo tan pocos, pelear contra tantos y tan poderosos, y particularmente estando nosotros tan debilitados por el ayuno? (sin duda ocurrió alguno en aquel dia). Y Judas les dijo: Fácil es encerrar á muchos en las manos de pocos y no hay diferencia en presencia del Dios del cielo entre salvar con muchos ó con pocos, porque no en la multitud del ejército está la victoria del combate, sino que del Cielo viene la fortaleza. Ellos vienen á nosotros fieros por su multitud y llenos de orgullo para destruirnos y á nuestras mujeres é hijos, y para despojarnos; mas nosotros pelearémos por nuestras vidas y por nuestras (santísimas) leyes, y el Señor los golpeará delante de nosotros; por tanto vosotros no les temais. Al acabar de hablar y animar á su tropa todos se arrojaron sobre ellos de improviso, y fué derrotado Seron y su ejército delante de Judas, quien les siguió el alcance en la bajada de Betoron, y murieron de ellos al primer golpe ochocientos hombres, huyendo los demás á la tierra de los Filisteos que tenian á la vista, y donde no debian seguir la per-

secucion por ser reino extraño, con el que no mediaba motivo para la guerra. Esta victoria fué sin duda un portento obrado en aquel mismo terreno, en que el Señor concedió otro no menos admirable á Josué contra cinco reyes cananeos. Era ya la segunda victoria campal y ruidosa, y el terror y pavor de Judas y sus hermanos hizo temblar á todas las gentes de los contornos, y mucho mas al saber el corto número con que habian desbaratado un ejército tan numeroso. Judas y sus fieles Israelitas reconocieron la mano del Señor en esta batalla, y rindieron al dador de la victoria las gracias que pudieron, aunque no las que correspondian á tan gran beneficio, pues les iba nada menos que sus vidas y las de sus mujeres é hijos.

Tercera batalla contra Nicanor y tercera victoria de Judas.

Cuando Antíoco se volvió á su corte, despues del estrago de Jerusalem y de la profanacion y robo del templo, dejó gobernadores en Judea para que oprimiesen al pueblo de Dios. En la ciudad santa dejó un tal Felipe, frigio de origen, y mas cruel en costumbres, dice el Libro sagrado, que aquel mismo que le ponía. Pues este Felipe, habiendo sabido las victorias de Judas Macabeo, y viendo los progresos que este hombre iba haciendo, y que le salian bien sus empresas, escribió á Tolomeo, gobernador de la Celesiria y Fenicia, para que acudiese á sostener los intereses del rey. Tolomeo, uno de los privados de Antíoco, envió inmediatamente á Nicanor, que era de los primeros señores de la corte y su grande amigo, dándole veinte mil hombres armados que juntó de diversas naciones de su gobierno, y por compañero á Gorjias, gran militar y muy experimentado en las cosas de la guerra, con otros veinte mil para que borrarse el linaje de los Judíos. Luego se pro-

puso Nicanor sacar de los Judíos que cautivase y vendiese dos mil talentos y enviarlos al rey para pagar igual cantidad que se estaba debiendo á los Romanos, resto de la que habian exigido por la libertad de Antíoco el Grande, padre de este hijo cruel. Pasó avisos á todas las ciudades marítimas para que viniesen á comprar esclavos judíos, advirtiéndole que se los venderia baratos, en un talento cada noventa, que ciertamente no eran caros; pero dictaba la prudencia que Nicanor se asegurase algo mas de la posesion de lo que queria vender, particularmente cuando los Judíos que habian derrotado ya á dos generales, no debian estar con humor de entregarse para que les vendiese con tanto desprecio; pero á tales locuras lleva el orgullo. Creía el soberbio Nicanor que corria al triunfo contra una gente que acababa de triunfar de generales, á lo menos de tanto valor como él, y volaba á su derrota. Vendia á unos hombres que se estaban disponiendo para llenarle de ignominia, y no veía sino victorias y glorias. Sobre todo, Nicanor no contaba con la venganza del Omnipotente, que habia de venir sobre él.

Luego que Judas tuvo noticia de los intentos de este soberbio general, los comunicó á los Judíos que tenia consigo, diciéndoles: que Nicanor venia contra ellos con gran número de tropas para borrar la descendencia de Abraham de la tierra de Judá, matando á unos y vendiendo á los demás: que habia invitado á las ciudades marítimas para que fuesen á su campo á comprar los Judíos cautivos: que les venderia noventa por cada talento; y que en efecto, venia con su ejército otro ejército de mercaderes de Tiro, Sidon y los puertos vecinos con mucho oro y plata para comprarlos: que por sí estaba dispuesto, como siempre, á la pelea; pero que no queria consigo sino soldados voluntarios y decididos, y así que los tímidos y medrosos podrian retirarse, pues no le convenian sino hombres intrépidos y aguerridos. Algunos de ellos se retiraron por miedo, sin contar con la

proteccion del Señor. Estos serian regularmente de los nuevos Israelitas, que habian venido á aumentar sus tropas, pensando que, despues de dos victorias tan completas, no habrian ya que pelear con gran peligro; y cuando le vieron, se dejaron poseer del miedo y del pavor. Judas les vió partir sin pesadumbre y se contentó con sus tropas veteranas. Sin embargo, de estos recién venidos se quedaron cerca de mil con Judas, y con ellos aumentó su ejército hasta siete mil. Estos mil hombres que quedaron con Judas dieron orden de vender los bienes que les restaban despues de haber sufrido tantas devastaciones de sus enemigos, resueltos á seguir al general en sus batallas y á participar de sus peligros. Fué muy agradable á Judas esta disposicion de sus nuevos soldados, y tuvo un placer sin comparacion mayor cuando les vió que al mismo tiempo que se desprendian de sus bienes, se dirigian al Señor, y llenos de fe y confianza, le pedian : que los librase del impío Nicanor, que les tenia vendidos aun antes de acercarse á ellos; y que, ya que ellos no lo merecian por sus culpas, siquiera los salvase por la alianza que habia hecho con sus padres, y porque ellos mismos eran llamados de su santo y grande nombre, *pueblo de Dios*.

Gozoso Judas con las bellas disposiciones de sus nuevos soldados, reunió todo su ejército de siete mil hombres, y puesto á su frente, les exhortó, diciendo : que no hiciesen paces con semejantes enemigos; ni temiesen aquella multitud, que venia contra ellos con el intento inicuo (de matarlos ó venderlos); sino que peleasen con valor, teniendo presente el ultraje que aquellos malos habian hecho al lugar sagrado, las injurias de la ciudad santa convertida en ludibrio de todos, y la abolicion de las leyes de sus padres; porque ellos, les decia, solo fían en sus armas y audacia; mas nosotros confiamos en un Señor omnipotente, que, al menor quiero, puede destruir, no solo á los que vienen contra nosotros, sino al mundo entero. Les recordó los auxilios que Dios

habia concedido á sus padres; que del ejército de Senaquerib habian muerto ciento ochenta y cinco mil; y que en la batalla que solo siete mil Israelitas habian dado á los Gálatas en Babilonia (no se habla de esta batalla en ninguna otra parte de la Escritura) mataron ciento y veinte mil con el favor que les fué dado del Cielo. Estas palabras de su general les dieron grande aliento, y estaban prontos á morir por su amada religion, sus leyes y su patria.

Entonces Judas no dilató ni un momento las disposiciones para entrar en el combate. Dió el mando de una parte del ejército á sus hermanos Simon, Juan y Jonatás, poniendo á las órdenes de cada uno mil y quinientos hombres, y él quedó con dos mil y quinientos de los mas valientes, con los que, acompañado de Eleázar que era el otro hermano, pensaba empezar el combate y concluir en una sola accion la derrota de sus enemigos. Ordenado así todo el ejército, puesto cada uno de los comandantes al frente de su cuerpo, y el general delante de la vanguardia, hizo leer por última disposicion un pasaje muy eficaz de la sagrada Escritura, y dada por señal en el combate esta palabra, *socorro de Dios*, que les decia quién era el supremo general de sus tropas, se adelantaron todos los cuerpos á un tiempo, y Judas con la vanguardia rompió el centro del enemigo, se dirigió á Nicanor, que se salvó por la huida, y desbarató todo el ejército que solo pensó en seguir á su cobarde general, y en el que hicieron gran matanza los hermanos de Judas arrojándose sobre los fugitivos. Resonaba en todo el ejército de Juda la palabra *auxilio de Dios*, y con este divino auxilio mataron en el campo hasta nueve mil hombres, sin contar los heridos que debieron ser en mucho mayor número. Siguieron al alcance á los que huian, mataron ó hirieron á muchísimos, y acaso no habria quedado, como del ejército de Faraon, uno que llevase la noticia á la Siria á no ser los Israelitas tan exactos, ó dígase escrupulosos, en el cumpli-

miento del día santo del sábado. Se daba esta batalla en la víspera, y como principiaba la festividad al ponerse el sol aquel día, quisieron mas dejar incompleta la victoria, que faltar al reposo mandado por el Señor. Es verdad que se había declarado ser lícito pelear con los enemigos el día del sábado; pero solo se habló del caso de defensa, y su delicadeza no quiso extender esta declaración al caso de prosecucion de una victoria. Judas Macabeo, tan valiente como religioso, mandó cesar de perseguir, y luego se volvieron todas sus tropas, habiendo tomado los soldados el oro y la plata que en gruesas sumas habían traído al campo de Nicanor los Tiros, Sidonios y demás mercaderes de las ciudades marítimas para comprar los Judíos que Nicanor había ofrecido venderles. Recogieron las armas y el botín; pero no hubo tiempo para repartirle porque principió la fiesta del sábado.

**Repartimiento del botin de esta tercera
victoria de Judas.**

Fácilmente se podrá conocer el contento con que celebrarían este día santo. No se oían en él sino bendiciones á Dios que les había librado de sus enemigos, cánticos de alegría, acciones de gracias y voces de alabanza al Señor, que aplacado con su pueblo principiaba á dejar caer sobre él algunas gotas de su misericordia. Concluida la fiesta, se pasó á repartir los despojos y se hizo de un modo digno de los soldados del pueblo de Dios. El primer repartimiento se hizo á los enfermos, pobres, huérfanos, viudas y ancianos; y el segundo á los valientes y generosos soldados que los habían conseguido y á sus piadosas familias. Al concluir un repartimiento tan lleno de caridad, todos á una pedían al Señor que se reconciliase para siempre con sus siervos. No se puede mirar sin veneracion un ejército que, al salir de una batalla

en que ha hecho prodigios de valor y conseguido una gran victoria, se olvida de que es vencedor para ocuparse de dar ejemplos del mas exacto cumplimiento de la ley, para ejercer la mas acendrada caridad con los enfermos, pobres, huérfanos, viudas y ancianos, y para entregarse á los ejercicios de una piedad admirable.

**Cuarta batalla contra Timoteo y Baquides y cuarta
victoria de Judas.**

No tardó el Señor en premiarla, porque Timoteo y Baquides, generales tambien de Antioco, vinieron con sus tropas y las que pudieron recoger de los dispersos de Nicanor, y acometieron de repente á estos valientes, que los recibieron con la serenidad y firmeza acostumbradas, y al grito de *auxilio de Dios* los destrozaron al primer encuentro, los persiguieron hasta matar mas de veinte mil hombres, y tomaron muchas plazas fuertes y muchos despojos que se distribuyeron como los anteriores. Finalmente, concluyeron estas acciones gloriosas recogiendo las armas y depositándolas en lugares seguros para que sirviesen de trofeos y fuesen sus arsenales en caso necesario.

**Judas va á Jerusalem con su ejército á dar solemnes
gracias al Señor, y se vuelve á su campamento.**

Creyó Judas que era ya tiempo de presentarse en Jerusalem por primera vez, desde que había salido huyendo de ella con su padre y hermanos, y de dar á lo menos solemnes gracias al Señor en su ciudad santa, ya que no podia ofrecerle sacrificios en su santo templo por estar profanado y desmantelado. Se hallaba Jerusalem enteramente abierta desde que Antioco hizo derribar sus muros

y quemar la mayor parte de ellos, y Judas entró sin resistencia, porque la guarnicion que habia en la ciudadela, única que podia oponerse, no trató sino de su seguridad, temiendo que Judas quisiese rendirla. El ejército se presentó victorioso en la capital del pueblo escogido, llevando las preciosidades que habia tomado á los enemigos. Conducian asegurado á Filarques, hecho prisionero en la última batalla contra Timoteo. Este hombre cruel habia tratado á los Judíos con la mayor inhumanidad, y Judas quiso ejecutar en él una justicia ejemplar y ruidosa y le hizo morir en medio de la ciudad. Al tiempo que se cantaban los cánticos de accion de gracias y se celebraban las victorias en Jerusalem, se supo que Calistenes, aquel malvado que incendió y quemó las puertas sagradas del templo, se habia encerrado en una casa fuerte y le quemaron en ella, tornándole, dice el texto sagrado, el pago que merecian sus impiedades.

Mientras que el ejército de Judas derrotaba á Timoteo y Baquides y triunfaba en Jerusalem, el perversísimo Niconor, que trajo á su campo mil mercaderes para venderles los Judíos que hiciese prisioneros y esclavos, humillado con el auxilio del Señor por aquellos que habia tratado de vender, cambiado su vestido de general por uno comun, y huyendo por las costas del mar, llegó solo á Antioquia, corte de Antíoco, reducido al colmo de la desdicha por la pérdida de su ejército; y el que habia prometido pagar el tributo á los Romanos con los cautivos de Israel, iba ahora publicando: que los Judíos tenian por protector á Dios; y que eran invulnerables, porque seguian las leyes que les habia dado. Quería decir: que el Dios de Israel era el que batia á los Israelitas con los golpes de las armas de sus enemigos, cuando se extraviaban, y que ese mismo Dios era el que derrotaba los ejércitos enemigos, cuando se volvian á él y seguian las leyes que les habia dado.

Judas cantó sus victorias en Jerusalem sin que nadie se atreviese á perturbarle; pero no creyó que era tiempo de

fijarse en una ciudad sin murallas y sin defensa; y por otra parte, no dudaba que Antíoco, irritado por las derrotas de sus generales, vendria contra él con todas sus fuerzas, y por esto dejando á Jerusalem, se volvió á su campamento.

Furioso Antíoco por tantas pérdidas manda juntar un ejército de todo su reino para exterminar á los Judíos.

No erró Judas en la idea que formaba. En efecto, cuando llegaron á Antíoco las noticias de las derrotas de sus generales y de las victorias de Judas, entró en grande cólera y mandó juntar un ejército de todo su reino, compuesto de campamentos en gran manera fuertes. Abrió su tesoro, dió á todos los soldados la paga de un año, y mandó que estuviesen preparados á todo. Era su intencion destruir el pueblo judío hasta borrar su memoria; pero cuando se acabó de hacer la paga de un año á todo el ejército, se le dijo que quedaba agotado el erario. Esto desconcertó su cruel plan. Sentía que no tendria ya como antes para sus gastos ostentosos y regalos magníficos, que hacia con prodigalidad, excediendo á los reyes sus predecesores; y sobre todo temió que si por desgracia no concluia la guerra en la primera campaña, no quedaba dinero para hacer la segunda y acabar con los Judíos. Agitado en gran manera su corazon con estos pensamientos, discurrió ir á la Persia á recoger los tributos de aquellas provincias y reunir mucho dinero de cualquiera manera.

Obligado por falta de dinero divide en dos partes el grande ejército, deja la mitad á Lisias, y se dirige con la otra mitad á recogerlo en la Persia.

Tomada esta resolucion nombró á Lisias, que era de

sangre real, regente del reino en su ausencia; le encargó la crianza de su hijo Antíoco hasta que él volviese; dividió el grande ejército; dejó la mitad al regente con los correspondientes elefantes; le dijo lo que quería que hiciese en el reino; y en cuanto á Jerusalem y los Judíos, mandó que enviase el ejército contra ellos para destruir sus tropas y los restos de Jerusalem hasta borrar la memoria de *Judíos*, y que estableciese en aquel país hijos de extranjeros y repartiese su tierra por suerte entre ellos. Dadas estas órdenes, tomó la otra mitad del ejército y con ella salió de Antioquía su corte, pasó el río Eufrates y principió á recorrer las regiones superiores de la Persia.

Quinta batalla contra Tolomeo, Nicanor y Gorjias,
y quinta victoria de Judas.

El regente Lisias eligió á Tolomeo gobernador de Cesiria y Fenicia, dándole por compañeros á Nicanor y Gorjias, los mimos que habia derrotado Judas, porque habrian conocido en la desgracia el modo de poder resistir y vencer al general judío, y como militares de honor tratarian de recobrar su fama perdida y de desquitarse de la vergonzosa derrota que habian sufrido. Todos tres eran hombres poderosos y amigos del rey, y de su poder y amistad se prometió Lisias el buen cumplimiento del encargo que le habia dejado Antíoco de acabar con los Judíos. Dió, pues, á estos tres generales cuarenta mil hombres de infantería y siete mil de caballería, á mas de los elefantes, y saliendo de Antioquía con este poderoso ejército, vinieron á acampar en una gran llanura del territorio de Emaús en Judea poco distante de Jerusalem. Los mercaderes de las regiones circunvecinas, ó no habian sabido el triste suceso de los mercaderes de Tiro, Sidon y ciudades marítimas, ó no escarmentaron; porque luego que supieron que las tropas de Antíoco habian venido á matar y vender los Judíos, to-

maron oro y plata mucho en gran manera, dice el texto sagrado, y muchos criados, y vinieron al campamento para comprar por esclavos á los hijos de Israel; y tambien venian soldados de las regiones circunvecinas y se alistaban en el ejército de los Sirios contra los Judíos.

Vió Judas y sus hermanos que se multiplicaban los males, porque los enemigos se acercaban y traian la orden que habia dado el rey de acabar con todos los Judíos. Entonces dijeron todos los hijos de Israel cada uno á su compañero: Levantemos el abatimiento de nuestro pueblo y peleemos por él y por nuestras cosas santas; y se reunieron para estar prevenidos á la batalla; pero como el arma vencedora de Israel era la proteccion del Señor, su primer cuidado fué implorar esta poderosa arma, orando y pidiendo al Señor misericordia y fortaleza.

Peticion de Israel en Masfa acompañada de
un tierno aparato.

Jerusalem no estaba habitada y era como un desierto; no habia de sus hijos quien entrase ni saliese de ella. El santuario estaba desmantelado y hollado por los incircuncisos, y estos eran los que ocupaban el alcázar y andaban por Jerusalem. La alegría de Jacob habia huido de esta ciudad, y no resonaba ya en ella ni la flauta ni la cítara. Bien quisieron los hijos de Israel hacer súplicas, presentar ofrendas y ofrecer sacrificios en Jerusalem; pero era imposible en la situacion á que se hallaba reducida, y determinaron reunirse y presentar al Señor sus peticiones en Masfa. Era esta una pequeña ciudad, cercana á Jerusalem, en la que vivió Samuel, juez de Israel, y uno de los santuarios adonde acudian á orar y ofrecer sacrificios los Israelitas hasta que se consagró al Señor el templo de Jerusalem. En esta ciudad juntó Samuel al pueblo cuando se halló amenazado de su ruina

por un poderoso ejército de Filisteos, y en ella oró; ofreció sacrificios al Señor y pasó en oracion, penitencia y ayuno un dia entero, y consiguió al siguiente una completa victoria. Ningun lugar mas á propósito en las presentes circunstancias, fuera de Jerusalem.

En Masfa, pues, se reunieron, ayunaron aquel dia, rasgaron sus vestiduras, se vistieron de cilicios y cubrieron sus cabezas de polvo y ceniza. Hicieron mas, tomaron un trascrito de la orden cruel de Antíoco y le extendieron en el lugar de la oracion á imitacion del piadoso Ezequías, que extendió delante del altar las cartas blasfemas de Senaquerib, como queda dicho en la historia de su reinado. Abrieron tambien los Libros santos profanados por los idólatras; presentaron vestiduras sacerdotales, primicias y diezmos; y llamaron á los Nazareos, que habian cumplido su tiempo y no podian ofrecer el sacrificio de su voto en el templo, y clamaron con grandes voces al Cielo, diciendo: ¿Qué harémos de todo esto y de vuestros Nazareos? ¿adónde los llevarémos (á cumplir su voto)? Vuestras cosas santas (vuestra ciudad y vuestro templo) estan holladas y manchadas, y vuestros sacerdotes en abatimiento y llanto. Vos veis que las gentes se han reunido contra nosotros para destruirnos. Vos sabeis lo que piensan contra nosotros; ¿y cómo podrémos sostenernos delante de ellos, si vos, Señor, no nos asistís?

Acabado este importante espectáculo y concluida esta humilde confesion de poder defenderse si el Señor no les asistia y protegia, resonaron reciamente en todo el campamento las trompetas, que tocaban los sacerdotes para prepararse á su batalla, y que era la señal que tenia ordenada el Señor; para que haya memoria de vosotros delante del Señor vuestro Dios, dice el texto sagrado, y seais librados de vuestros enemigos.

Entonces Judas puso al frente de los cuerpos del ejército, que dividió en partidas y escuadrones de diez, cincuenta, ciento y mil hombres, los decuriones, pentacon-

taeos, centuriones y tribunos, y dijo á los que habian venido y que se hallaban edificando casas, plantando viñas y contrayendo matrimonios, que se volviesen; y á medrosos y de corazon despavorido, que se retirasen á sus casas, porque no hagan, dice la ley, despavorir los corazones de sus hermanos. Hecha esta separacion, se puso en movimiento el ejército y vino á acampar al mediodía de Emaús en un alto, frente de los enemigos. Aquí, recorriendo Judas todos los cuerpos, les decia: Preparaos con vuestras armas, sed hombres de valor y estad prevenidos para pelear á la mañana contra estas naciones, que se han reunido contra nosotros para perdernos y destruir nuestras cosas santas; porque mejor es morir en la pelea, que ver el exterminio de nuestra nacion, y la destruccion de nuestras cosas santas. Hagamos nosotros lo que debemos, y cúmplase en la tierra lo que quisiere de nosotros la voluntad del Señor en el cielo.

Esperaba Judas principiár el combate la mañana siguiente; pero Gorjias, que era el general del ejército enemigo mas inteligente en la guerra, y que tenia bien reciente la memoria de que Judas era irresistible de frente porque todo lo arrollaba, trató de atacarle por la espalda. Salió aquella noche de su campo con cinco mil soldados de á pié y mil de á caballo, toda gente escogida, y guiado por los apóstatas del alcázar de Jerusalem, que habian venido al ejército y conocian bien el terreno, caminó toda la noche con el mayor silencio para sorprender por la retaguardia el ejército de los Judíos; pero Judas lo supo con tiempo, y levantando su campo vino con sus valientes á echarse sobre el ejército del rey, que estaba en Emaús, y que segun los avisos que se le habian dado aun no se hallaba formado en batalla. Entretanto entró Gorjias por la retaguardia en el campo de Judas, pero no encontró en él ni un solo soldado, y los buscaba por los montes diciendo: Estos huyen de nosotros; mas cuando vino el dia se dejó ver Judas en la llanura, al frente de